



El Sr. Capdepon la sentenciado a muerte 170 juzgados. De estos parece, sin embargo, que serán indultados 33 y que morirán los 87 restantes, que son los que la ley de presupuestos exigía que se suprimieran.

Noticias

Nuestro querido colega El País fue ayer denunciado por haber publicado un artículo en el que denunciaba algunas irregularidades cometidas por la administración de la Diputación provincial.

Sentimos el percance y lamentamos que nuestro colega se vea tan perseguido por la campaña que viene sosteniendo contra el Ayuntamiento y Diputación.

El general Ochoando ha llegado a Madrid.

Con el Sr. Sagasta conferenciaron anoche los ministros de la Guerra y Fomento, el primero para saber si hoy habría Consejo, y el segundo para hablarle de asuntos de personal de su ministerio.

El Sr. Corvera ha renunciado el cargo de presidente de la Comisión naval española en Londres.

La reina ha firmado los nombramientos de los coronales que han de mandar los regimientos vacantes de infantería y las métricas brigadas de cazadores que han de formar en los nuevos cuerpitos de ejército.

LA SITUACION DEL BANCO

He aquí la situación del Banco en la presente semana, según resulta de su publicación en la Gaceta de hoy:

ACTIVO

La cantidad de oro es la misma; la plata ha tenido un aumento de 241.323 pesetas; y la cantidad de moneda ha disminuido en 68.575 pesetas; las cantidades por que aparece en el balance son pesetas 497.918.42, 159.124.947 y 7.322.951 respectivamente.

Las cuentas con los correspondientes extranjeros han aumentado de 18.105.76 a 18.480.518 pesetas, ó sea una cantidad igual a 375.242 pesetas.

Los efectos a cobrar en el extranjero han tenido un aumento de 1.186 pesetas, pues la cantidad por que aparecen en el balance es de pesetas 5.572.166.

Los descuentos han bajado 4.422.098 pesetas; la cantidad por que aparece en el balance es la de 12.308.933 pesetas.

Los préstamos, los efectos a cobrar en el día y las obligaciones del Tesoro, creadas por la ley de 24 de Junio último, han bajado 2.457.340, 779.843 y 93.500 pesetas; las cantidades por que aparecen en el balance son 143.593.483, 2.072.605 y 257.531.500 pesetas respectivamente.

La partida «Tesoro público por pago de intereses de la Deuda perpetua» ha aumentado en 1.124.665 pesetas, pues la cantidad por que aparece en el balance es la de 11.900.936 pesetas.

Las operaciones en el extranjero por cuenta del Tesoro público han tenido un aumento en pesetas de 394.416, pues aparece en el balance por la suma de 536.416 pesetas.

El Banco ha tenido una baja de 300.000 pesetas en «bienes inmuebles», pues la cantidad en el balance es la que aparece en el balance de 10.068.668 pesetas es la que aparece en el balance.

En «diversas cuentas» ha tenido el Banco un aumento de 629.795 pesetas; en el balance aparece esta partida por la suma de 65.433.673 pesetas.

PASIVO

La circulación fiduciaria ha bajado de pesetas 932.299.575 a 928.931.000, ó sea la cantidad de 3.367.575 pesetas.

Las cuentas corrientes han tenido una baja de 4.594.135 pesetas, pues en el balance aparece por la cantidad de pesetas 356.342.792.

La partida «dividendos, intereses y otras obligaciones a pagar» ha bajado 1.084.331 pesetas, pues la cantidad que aparece en el balance es la de 29.433.163 pesetas.

El Banco ha tenido un aumento de 1.774.439 pesetas en la partida «reservas de contribuciones», pues aparece en el balance por la suma de 12.567.867 pesetas.

Por último, los créditos concedidos sobre efectos públicos han aumentado de pesetas 62.478.726 a 61.282.321, ó sea la cantidad de 4.196.603 pesetas.

SERVICIO TELEGRAFICO

De la Agencia Fabra

La huelga hullera

Londres 19.—La huelga de las explotaciones hulleras en el país de Gales dificulta el trabajo en todas las fábricas y crea una situación verdaderamente grave.

Al Tonkin

París 19.—(Recibido el 21.)—Hoy ha salido de Marsella para Tolón el vapor correo Cormorin, con objeto de embarcar 130 oficiales y 300 soldados de infantería que marchan al Tonkin.

El mismo buque lleva 300 mil kilogramos de harina y 400 metros cubicos de diferentes provisiones.

Rumor insensato

París 19.—(Recibido el 21.)—Carece por completo de fundamento la noticia publicada por algunos periódicos italianos suponiendo que el Papa ha llamado al arzobispo de Burdeos para celebrar con él una importantísima conferencia.

Los temporales

A la una de la tarde de hoy no se habían recibido todavía en esta redacción los telegramas del extranjero correspondientes a la tarde y noche últimas ni los de esta mañana, a consecuencia de la interrupción de las líneas telegráficas francesas, según nos dicen en las oficinas de telegrafo.

LOS ROBOS EN LOS TRENES

Con este título publica hoy nuestro querido colega El Liberal una carta suscrita por el general de división D. Francisco María de Borbón, en la que se expresa haber sido víctima de un robo en el tren expreso que salió de esta capital el lunes 14 del actual para Galicia.

Durante el recorrido del tren, dice el general Borbón, se ha abierto mi baúl y me han robado tres magníficos alfileres de corbata.

Los ladrones me dejaron las corbatas y se llevaron un alfiler de brillantes, otro con una pala con hoja de brillantes y otro con un robl con flecha, también de brillantes, y además, mil pesetas en plata.

En el mismo trayecto, hace pocos días, también han robado a las señoras de Lázaro, que se encuentran en este balneario, todas sus alhajas por el mismo procedimiento, y lo mismo a un sacerdote procedente de Barcelona.

Y después de varios ofrecimientos encaminados a conseguir la devolución de sus alhajas, termina su carta con el siguiente párrafo: «Ahora bien; antes de concluir he de dirigir públicamente un ruego al Gobierno y a las au-

toridades competentes, pero sin pretensiones; ruego de un simple español que desea estar al abrigo de los ladrones; este consiste, pues, en explicar que la pareja de la Guardia civil que acompaña a los trenes, en vez de ir en el departamento de tercera que le está designado, preste su servicio en los furgones de los equipajes. Ahí es donde tiene su misión. Nos parece lo mismo.

Salud pública

En el Uruguay

Telegramas de Montevideo anuncian que han ocurrido casos de cólera en aquella capital.

En Marsella

El viernes hubo una defunción por cólera; ayer ninguna.

En Barcelona

La muerte repentina de una mujer que habitaba en la calle de Cires produjo gran alarma en aquel barrio, suponiéndose que se trataba de un caso sospechoso.

El alcalde, cuyo celo y actividad en las cuestiones sanitarias merece todo género de elogio, mandó desinfectar la casa en que ocurrió el fallecimiento y seis más de las inmediatas. Con esto renació la tranquilidad entre los vecinos.

Ayer y anteayer ocurrieron dos ó tres casos sospechosos en la calle del Hospital. Se desinfectaron también las manzanas de casas donde habitaban los pacientes.

LO DE VITORIA

Prisiones

Al acercarse la fecha en que se han de plantear las reformas de Guerra, el Gobierno toma precauciones en aquellas provincias que han de sufrir perjuicios por virtud de las citadas reformas.

En la capital de Alava, que tan valientemente ha sabido defender sus derechos, protestando con noble energía de la arbitrariedad que pretende privarla de la capitalidad militar, el Gobierno ha cometido un nuevo atropello, reduciendo a prisión a varios individuos de la junta fuerista.

Creo el Gobierno que con tal medida de rigor dominará la entereza de los bravos vitorianos, y en esto se equivoca.

Al decretar la prisión de ocho individuos de la junta fuerista, sólo ha logrado el Gobierno añadir leña al fuego, encontrar las pastones, avivar los rencores y precipitar el estallido de la indignación popular.

Si el Gobierno por ese camino, que no tardará en recoger el fruto de su desatentada conducta.

En cuanto a los vitorianos, podemos asegurar que, lejos de someterse a vergonzosas imposiciones, sabrán perseverar con la energía y el león que los distingue, en su digna actitud.

LA MENDIGA DE RECOLETOS

Un suceso

Hace dos días, La Correspondencia de España, y con el título de Tipo de Madrid, publicó un suceso que a la letra decía así: «Los paseantes de Recoletos se ven á menudo asaltados por una niña decentemente vestida, de ojos vivos y voz agradable, que con la mayor cortés y la más insinuante solicitud, pide limosna por el amor de Dios.

La niña pide limosna como muchos dan salarios, con urbanidad y corrección extraordinaria, sin degenerar en pedantería.

Cuando se la ve acercarse del banco en donde espera una mujer de modesto porte y traje oscuro, y se aproxima al paseante, éste edita instintivamente mano al bolsillo, porque aquella niña inspira interés a los menos sensibles.

Hecha por la vida en una edad en que los demás niños se entregan a los juegos propios de la infancia, sin acordarse del pasado y sin temer ni preocupación por lo porvenir.

Su padre, maquinista suizo, vino a España solicitado por un establecimiento industrial. La desgracia hizo huir a la infeliz criatura, y hace más de dos años que vive de la caridad pública.

Pero la niña no huelga. En las tardes de invierno, en que los paseantes escasean, se sienta en el banco de piedra que le sirve de cuartel general, y allí estudia la gramática alemana, lengua que comienza a poseer, y repasa la francesa, lengua que habla con facilidad pasmosa.

Hablar tres idiomas, saber algo de historia y geografía, tener una ilustración poco común, ¡y pedir limosna... apenas se concibe.

Y, sin embargo, el amparo de la caridad se desarrolla aquella cabeza llena de cosas que muchos ignoran en las edades postreras de la vida, y con el tiempo, cuando está en condiciones de trabajar, podrá levantar con orgullo la frente, pues se habrá elevado con su propio esfuerzo y en vez de hundirse como otras mil en el fango del vicio y de la abyección. ¡Pobrecitos!

Interesados por la anterior noticia, nos dirigimos ayer en busca de la mendiga de Recoletos, y después de saber que cuanto refería La Correspondencia era absolutamente inexacto, escuchamos una triste historia, que creemos ha de interesar al público.

Pero vamos por partes.

La mendiga

Es una mujer joven aún, de unos treinta y treinta y cinco años, que conserva señales de haber sido muy hermosa, y de esbelta y arrogante figura.

Su tipo y su aspecto no es el de los mendigos, y desde luego se ve que si forma entre sus filas no es por el vicio, ni por haber cometido falta alguna, sino porque á ello le obligan las apremiantes necesidades de la vida. Es extranjera; vino a España con su marido para alentarle en la lucha que éste iba a entablar en defensa de sus intereses, y se halla aquí desde el fallecimiento de aquél, sola, abandonada, y como la golondrina extraviada de su bandada, sin tener á quien volver los ojos.

Ha sufrido mucho antes de llegar al estado en que se encuentra; ha llamado inútilmente á muchas puertas, y viéndose arrojada de todas partes, sin conocer á nadie y sin saber ningún oficio, no ha tenido más remedio que ponerse á pedir limosna para no morir de hambre.

Como todos los débiles y anegados, se ha cansado ya de protestar y de reclamar, y no hace más que lamentarse y llorar.

La caridad la sostiene.

Quiera Dios que la caridad la conforte y la salve, arrancándola del terrible camino en que se halla colocada y por el que únicamente se va á morir á las salas de un Hospital.

Dos palabras

Al encontrarnos en presencia de la mendiga de Recoletos, la dirigimos las siguientes preguntas, á las que respondió atigridos y con humildad:

—¿Usted es la pobre aludida por La Correspondencia?

—Sí, señor.

—¿Cómo se llama usted?

—María Taberner.

—¿Su marido de usted, era maquinista y suizo?

—No, señor; mi marido era D. Manuel Alcázar de la Vera de Aragón, hijo natural de don Vicente Alcázar de la Vera de Aragón, duque de la Roca.

—¿Mi marido nació en Marsella, y después de ocurrido el fallecimiento de su señor padre el

duque de la Roca, se trasladó a España, en donde murió hace tres años.

—¿Puede usted probar todas esas afirmaciones?

—Sí, señor; aquí tengo los documentos necesarios, dijo, extendiendo ante nosotros y entregándonos una porción de papeles.

Aquí están—añadió—las cartas que el duque me iba a su hijo mi marido, la partida de nacimiento de esta y la fe de defunción del mismo.

—¿Y cómo perteneciendo su esposo de usted a una familia tan acaudalada, y siendo usted, por lo tanto, criada de las marquesas de la Laguna y de la Coquilla y del marqués de Villaviciosa, se ve usted en tan precaria situación?

—Su esposo de usted no tenía derecho á percibir ningún bien de la casa á que pertenecía?

—Sí, señor, y si me veo así, es porque no he tenido armas para luchar; pero—añadió—para que se me crea, es preciso que se conozcan las penalidades y los atropellos de que he sido víctima.

—¿Rádonos usted—la dijimos—Adela Taberner, viuda de Alcázar de la Vera de Aragón, después de decirnos que en nada quería molestar á nadie, nos refirió, con brevedad y sus palabras con la correspondiente presentación de documentos, la siguiente historia:

En el mes de Septiembre del año 1849 llegó a la ciudad de Marsella una amorosa pareja que formaba la señora doña Carlota Granne y el Sr. D. Vicente Alcázar de la Vera de Aragón.

La primera era italiana y había nacido en Padua; el segundo era español y ostentaba un título nobiliario muy conocido: el de duque de la Roca.

A poco de estar en Marsella esta interesante pareja, el día 28 de Septiembre de 1849, Carlota Granne dio á luz un niño, que fué inscrito en el Registro civil de la precitada población en 27 del mencionado mes de Septiembre como hijo de D. Vicente Alcázar de la Vera de Aragón, duque de la Roca, y de Carlota Granne, casados, según declaración de Mr. Nouvelles, médico que asistió á la madre.

Al niño inscrito en el Registro, se le pusieron los nombres de Manuel Vicente y los apellidos del padre.

No vamos á seguir paso á paso los andares del duque de la Roca con Carlota Granne; bastanos decir que la pareja se asentó de Marsella, y que el niño fué conñado al cuidado de serias personas.

El hijo del duque de la Roca recibió esmerada educación en varios colegios del extranjero, aprendió idiomas, música, montó á caballo, supo tirar al sable, y sin sufrir privaciones, por que á todas sus necesidades subvenia su padre, su vida se deslizó alegre entre la de los jóvenes que pertenecen al llamado mundo dorado.

Manuel Alcázar y este es un detalle importante, á pesar de vivir siempre en diversiones, estudio y llegó á ser un buen electricista.

Cuando cumplió veinte años empezó á ser tratado como vizconde de Alcázar.

Nada de particular ofrece la vida del hijo de la Roca hasta el fallecimiento de su padre en 1879, pero desde esta fecha es digna de ser conocida.

Manuel Alcázar, al ver que con la muerte de su padre había dejado de percibir las pensiones que recibía, conirió en la ciudad de Turin á don Anibal Garvacio poderes para que reclamara á sus hermanos los alimentos que tenía derecho á percibir, y el Sr. Garvacio demandó en 13 de Mayo de 1879 á los citados hermanos á juicio de conciliación.

En este acto se llegó á una avenencia, y quedó convenido que Manuel Alcázar disfrutaria durante cinco años de una pensión mensual. Pasados los cinco años, Manuel Alcázar volvió á reclamar, pero sus hermanos no le atendieron.

Entonces se trasladó á España, y escribió al duque de la Roca, al marqués de Villaviciosa y á las marquesas de La Laguna y de la Coquilla pidiéndoles amparo y protección.

Estos señores se le negaron, y Manuel Alcázar se dedicó á trabajar como electricista, llegando á tener una acomodada posición. Al mismo tiempo entabló pleito contra su familia, pero como era pobre, y sus hermanos ricos, el pleito duró mucho, y transcurrieron siete años sin que llegara á verse terminado.

Durante este tiempo, Manuel Alcázar se vio perseguido por la desgracia, perdió su bienestar, y víctima de una pulmonía, falleció en 1890, á los cuarenta y dos años, dejando á su viuda y á la niña en el mayor abandono.

Ya en el lecho de muerte escribió otra vez á sus hermanos y esperó con angustia su contestación, pero la esperó en vano, porque no recibió.

El mismo día que murió Manuel Alcázar, se sentenció el pleito á favor de los duques de la Roca.

¡Qué detalle tan significativo y que bien habla en favor del prestigio de nuestra justicia histórica!

Hemos de referir las penalidades y las desgracias que después de la muerte de Manuel Alcázar ha sufrido su viuda Adela Taberner. No. Los hechos hablan más elocuentemente que nosotros.

Mientras que sus cuñadas las marquesas de la Laguna y de la Coquilla pasean deslumbradoras en sus trenes por el paseo de Recoletos, Adela Taberner, frente al palacio de la Biblioteca pide limosna por medio de su niña, para no morir de hambre.

¡Qué terribles desigualdades hay en la vida!

La caridad

A veces y cuando la imaginación es herida por algún acontecimiento ó por el relato de un suceso, se detiene á reflexionar sobre la verdad de las afirmaciones que se hacen en la vida y sobre los sentimientos de los hombres.

La historia que hemos referido nos hace fijar la atención en la caridad, y no podemos menos de preguntarnos cómo hay personas que olvidan á su familia, que dan limosna para los pobres y que no se ocupan de socorrer á los que llevan su mismo apellido.

La viuda de Alcázar de la Vera de Aragón se halla rechazada por aquellos que debían protegerla, y no tiene más amparo que el de la caridad.

La dejará esta sucumbir? Creemos que no. Si hay personas cuyos corazones no se abren á los sentimientos dignos y elevados, hay también otras que no pueden ver sin conmoverse las desgracias.

Así, creemos y esperamos, que cuando el público conozca la historia que hemos referido, no faltará quien acuda á socorrer á la mendiga de Recoletos.

MADRID

Gaceta

La de hoy contiene entre otras las siguientes disposiciones:

HACIENDA.—Real decreto disponiendo la forma en que han de aplicarse al presupuesto vigente las obligaciones híbridas desde 1.º de Julio último hasta la promulgación de la vigente ley.

Otro de personal.

GOBIERNO.—Reales decretos de personal.

Reales órdenes confirmando la suspensión de los Ayuntamientos de Ginebroca (Teruel) y Alcañiz (Teruel), decretada en 11 y 14 de Julio último por los gobernadores civiles de las citadas provincias.

FOMENTO.—Reales órdenes referentes á provisiones de cátedras.

ULTRAMAR.—Real decreto reorganizando el

tribunal de lo Contencioso-administrativo de Puerto Rico.

Reunión artística

Se convoca á todos los artistas interesados en el decreto publicado en la Gaceta del día 9 de Julio, á una reunión que se verificará mañana lúnes á las diez de la noche, en el Circolo de Bellas Artes, para tratar de asuntos relacionados con los mismos.

Un sepelio

Doña Carmen Alvarez Inclán, la pobre señora que, como recordarán nuestros lectores, tuvo hace pocos días la desgracia de que se la inflamara un quínquín en su domicilio de la calle de la Encarnación, produciéndose graves quemaduras, falleció el día 18 en medio de horribles sufrimientos.

Su cadáver ha sido conducido esta mañana desde el depósito á la Sacramental de San Justo y Pastor, en donde ha recibido cristiana sepultura.

Y á propósito de este sepelio, diremos que por todos los que á él han concurrido ha sido muy censurada la conducta que para verificarlo ha observado la hermandad de Nuestra Señora del Tránsito, á la que pertenecía la señora de Alvarez.

La citada hermandad, después de recibir una cantidad de dinero para que el entierro de la infeliz se hiciera en condiciones mejores que las que tenía derecho, ha hecho un servicio de lo más malo, posidó y miserable que se puede imaginar.

El entierro no era de segunda ni de tercera, sino de décima, si es que existe esta clase de entierros.

Baste decir que el coche de respeto era un vetusto landó, sin cortinas ni nada.

Como si esto fuera poco, la hermandad, aprovechándose de las circunstancias y del dolor de los parientes de la señora de Alvarez, cobró sin tener derecho alguno, el importe de 1000.

¡Qué triste es que se cometan abusos hasta en los actos más solemnes y tristes de la vida.

Descanse en paz la señora de Alvarez, que dejó su apreciable familia la expresión de nuestros más sentidos pesame.

Un cura modelo

Lo es de mansueto y caridad cristiana, como no podía ser menos, el presbítero D. Mariano Antonio Herrero, que habita en la calle Ancha de San Bernardo, número 1.

Há aquí como entiendo este ministro del Crucificado las citadas virtudes.

Ayer fueron á visitar al cura Antón con el fin de felicitarle por sus días y enterarle de la aflictiva situación en que se encontraba, su hermana Clara, su cuñado Alejandro Boidjirich y un hijo de éstos, que se hallan recogidos en el Asilo de Santa Ana.

Al exponer estos las azarosas contrariedades que sufrían, un hermano del presbítero, Toribio Antonio Herrero, que se encontraba en la casa, hubo de increparles duramente, diciéndoles entre otras cosas, que siempre que iban á ver á su hermano era para pedir.

Con motivo de esta exposición se originó un altercado entre Toribio y Alejandro, que no tardó en convertirse en lucha.

El cura entonces, lleno de magna simpatía, se armó de lo que él dijo ser la caja de un toledo, aunque parece seguro que era la caja de hierro, y terció en la contienda, maltratando á su cuñado, que resultó con una contusión en la cabeza y un brazo fracturado.

El juzgado que entiende en el asunto, hará que el presbítero y su hermano ingresen en la cárcel. Por ahora se encuentran en libertad provisional.

Curas de este jaez no deben andar sueltos por la calle.

Robo

El tomador apodado El Moreno sustrajo un reloj de oro á un talonero, cuando éste se hallaba durmiendo en la panadería establecida en el número 24 de la calle de Don Martín.

El rata fué detenido.

Más fugas

Continúan las fugas que es una bendición, y es que el calor aprieta, la sangre se echa decaer, y... eso, sobreviene una fuga y van y vienen los jóvenes fugados por esos mundos de Dios, hasta que dan con una pareja de Ordon público que oportunamente ha recibido la de detenerlos.

Ayer fueron detenidas dos parejas amorosas. De una de ellas, el Tenorio es fecedor de pan; es decir, panadero.

Vamos, esta sería la causa seductora; porque es lo que Doña Inés diría con acento melodramático:

¡Así, no le faltará nunca el pan á mis hijos!

El panecillo, digo, el panadero, declaró ante el jefe de vigilancia Sr. Pita que le había resultado la prueba, y que estaba dispuesto á enlazarse eternamente con su adorada.

En vista de esto, el Sr. Pita ordenó á dos vigilantes que acompañaran á la pareja á casa de los padres de ella, por si estaban conformes con la determinación del panadero, ó querían, á instancia de parte, reclamar ante el juzgado de instrucción.

Servicio de la Plaza para mañana 21 de Agosto de 1893.

Oficial general de día: Excmo. Sr. D. José Bogeh.

Parada: Ciudad Rodrigo.

Jefe de día: Señor coronel de Zaragoza, don Baldomero Ibáñez.

Imaginaria: Señor coronel del 4.º montado, D. Ricardo Pascaul.

Visita de Hospital: Puerto Rico, tercer capitán.

Reconocimiento de provisiones: 4.º montado, primer capitán.

Vigilancia para la primera y segunda zona: á las órdenes del señor jefe de día: Primero y segundo capitán de Lusitania.

El general gobernador.—ZITZA.

Verbena de las Delicias

Con motivo de la festividad de la Virgen de Septiembre próximo, los industriales y comerciantes, vecinos del barrio de las Delicias, celebrarán una gran verbena los días 7, 8 y 9 del citado mes.

Las bandas de música de los Asilos del Hospicio y San Bernardino amenizarán los festejos que las diferentes comisiones organizadoras acuerden.

Entre los individuos de las diversas comisiones figuran los Sres. D. Benito Torrealla, don Domingo Toribio, D. Tomás Tornero y D. Pedro Alvarez Campos.

Intúl es decir que las fiestas resultarán brillantísimas contando con las personalidades indicadas.

Nuestros tahoneros

Ayer se celebró un juicio de faltas de policía urbana en la tenencia alcaldía del distrito del Hospicio, en virtud de una denuncia formulada por el inspector del distrito, Sr. Liano, con objeto de imponer la penalidad correspondiente al dueño de la tahona de la calle de la Ballesta, por haberse encontrado faltas de peso en el pan que expedía en su establecimiento.

El industrial fué condenado á satisfacer la multa de 25 pesetas.

Así se hace.

DOMINICALES

Yo sudaré como un botijo, pero bien me divertí!

Llegué a Málaga en el momento más oportuno: cuando las fiestas estaban en todo su esplendor.

Mil quinientos chiquillos (chaceas, como Rueda les llamara) de todas las escuelas municipales de Málaga, perfectamente uniformados con pantalón de dril, blusa marinera y gorra lo mismo, ensayados divinamente por oficiales de esta guarnición, hicieron las delicias de doce mil almas, que llenaron el circo con más entusiasmo que para ver al Rey en el momento de las bodas con la infanta, y vistiendo con el lujo casi de igual a igual.

¡Había que ver manobrar a aquellos chiquillos! Desde la altura en que yo estaba parecía el batallón de diminutos soldados, un fotógrafo propiamente de un ejército de hombres.

¡Qué precisión, qué habilidad, qué bien medidos todos los movimientos, qué perfectamente hechas todas las evoluciones!

Los oficiales en sus puestos: los jefes a caballo; el coronel dando las voces de mando; la música que animaba con el paso doble marcial y obligado; los cornetas de órdenes siguiendo las cabalgaduras de los comandantes; el carro con municiones; los cañones, en fin, completaba el cuadro, sin que faltara ni un detalle esencial.

Había, especialmente, una escuadra de gastadores que era lo que había que ver. Ocho escogidos; pero no de los mayores, sino precisamente de los más pequeños.

El cabo, que marchaba al frente con una marcialidad que envidiarían muchos de nuestros soldados, apenas si levantaba el suelo tres centímetros.

Por supuesto, fue el héroe de la tarde; al verle marchar de aquel modo, vuelto de frente a la escuadra y marcando el paso hacia atrás, rompió el público en aplausos delirantes.

¡Cómo gozarían la madre y el padre del chiquitín!

A parte esta excepción notable, todos cumplieron admirablemente con una formalidad que nadie se esperaba, porque los chiquillos de esta tierra no se distinguen por lo formales ni mucho menos; son quizás los más granujas de toda España; charranes, como también diría Rueda.

Es de advertir que han aprendido la instrucción en muy pocos días, y esto le supone una ventaja grandísima para el momento en que tengan diez y nueve años y sean llamados al servicio de la patria.

¡Cuántas bofetadas de los sargentos se van a economizar, sin darse cuenta!

Total: hicieron todo lo que puede hacer el batallón mejor instruido de la española infantería.

Lo único que me resultó abusivo, dada la irracionalidad de aquellas criaturas, fue obligarles a dar un viva al rey! Todas las compañías repitieron el grito, y en mi interior no podía menos de profetizar.

Como que todos aquellos chiquillos acabarían por ser republicanos el día de mañana!

Málaga 17. El Doctor Centeno.

LOS ILUSTRES DESCONOCIDOS

se le acercó una señora en plena calle del Pez, a preguntarle la hora; y viendo el reloj, la dijo, completamente seguro: Ninguna duda me asedia...

Y es una broma pesada la de su sinceridad, pues la gente está escamada por que cada uno de lo que dice es verdad!

José Juan Galdón.

LA ORDENANZA Y LA SANGRE

El general Pereda era un amante de la disciplina que, cuando de ellas se trataba, no reconocía amigos ni parientes.

Mandaba una de las divisiones del Norte durante la última guerra carlista, y tenía como ayudante al hijo de un hermano suyo, buen mozo, capitán, más cuñado de las mujeres que del servicio, y más amigo de la broma que de la disciplina. Esto no quiere decir que el capitán Pereda fuese mal soldado; de haberlo sido, no estaría a las órdenes de su tío, tan exigente como la propia ordenanza.

El general tenía orgullo en hacer ver que trataba su sobrino con el mismo rigor que a todos los otros oficiales, y resultaba de esto que lo exageraba para su ayudante con objeto de hacerlo más visible.

A veces solía pensar el buen soldado: «Si hay peligro no quiero que se diga: por evitárselo al muchacho exponer a otro...» Y si hay gloria bueno es que él se la lleve, pero ganándola. Y así el capitán no tenía un momento suyo.

La disciplina había entre el tío y el mozo, que nunca permitió aquel en asistencia al servicio delante de gente, era llamado tío por esto, y si alguna vez por descuido ocurría, esseguida le callaba diciéndole: Capitán Pereda, aquí no hay parentesco que valga. Cuádr se usted, y deme tratamiento y cuenta de lo que ocurra.

Una noche la división se puso en marcha. Él al encuentro de unos regimientos carlistas que, bien organizados, ofrecían gran resistencia, y además auxiliados por unas guerrillas no dejaban de hostilizar a los destacamentos enviados para explorar. Al amanecer se oyeron disparos a vanguardia. La división hizo alto, y todos miraron al general, esperando órdenes. Pronto se oyó su voz diciendo: Capitán Pereda, vaya usted a ver lo que pasa.

El capitán espoleó a su caballo que salió a galope y se perdió en un recodo del camino. A poco volvió. Las avanzadas se habían encontrado con los carlistas, sin duda preparados, porque ya ocupaban posiciones.

—¿Son muchos? —Más de los que esperábamos. —Mejor, así acabaremos de una vez con ellos —dijo el general—, y empezó a dar órdenes para presentar batalla al enemigo.

Y aquí era donde el sobrino bullía. —Capitán Pereda, que empleen dos baterías en aquel cerro. —Capitán Pereda, que la caballería forme por escuadrones en la carretera. —Capitán Pereda, que el 2.º del 10 se despliegue en ala por aquel valle. Y el capitán no paraba de correr de un lado a otro.

Poco después quedaba formada la línea, y se dio la orden de ataque. Los carlistas se defendían bravamente. Varias veces fueron atacados y otras tantas rechazaron a los liberales.

El general retorció rabiosamente su bigote, y en pie, sobre los estribos, arengaba a los más cercanos. Otras veces recorría los sitios de más peligro, y animaba a los soldados, poniéndose él mismo a dirigir los movimientos.

Lo que más le daba a la división eran unas piezas de los carlistas situadas en un cerrillo, las cuales, dominándola, la causaban muchas bajas.

Hay que desalojar esa posición —dijo el general, acercándose con su sobrino. Que nuestras baterías de la derecha hagan fuego solamente sobre esas cañones, hasta no dar un tiro en su sitio, y un batallón protegido por ellas ataque a la bayoneta.

El capitán se alejó. La orden no era de fácil cumplimiento, pues las baterías estaban situadas a una distancia de 600 metros, y había que pasar entre dos fuegos si se quería llegar pronto a ellas.

El ayudante, inclinado sobre el cuello del caballo para ofrecer menos blanco, corría vertiginosamente. Al llegar a la mitad del trayecto se destacó de la línea enemiga un grupo de cuatro jinetes. Los carlistas, sin duda, advirtiendo a lo que iba el capitán, querían cortar el paso.

Pereda disparó sobre el más próximo, derribándolo. Casi simultáneamente dispararon los otros tres. El caballo de nuestro oficial se encabritó y cayó a pocos metros de los perseguidores. La situación no podía ser más crítica; defenderse era difícil, y ganar distancia a pie era más difícil todavía. Por fortuna, el caballo del carlista que antes había pasado desobediendo a los pasos, y el capitán, cortándole el terreno, pudo cogérlo por la crin, y de un salto quedar montado sobre él, no sin haberse caído antes en el momento de saltar; pero la herida no debía ser grave, y el mozo saltó a salvo.

tenacidad, fueron desalojados de ella e inutilizados sus cañones. —¡Bien, hijos míos, bien! —decía el general. Y dirigiéndose a su sobrino: —¿Yes? Si a hubieras ido no hubieras presenciado esta victoria.

—Pero tendría un cuartillo más de sangre —pensaba éste, a quien la hemorragia iba poniéndose densamente blanco. Además, con el movimiento del caballo, la herida le molestaba mucho. Varias veces se lo había hecho observar a su tío, pero éste le contestaba: —Aguante usted, capitán; la victoria es nuestra.

Y el capitán aguantaba. Hacía ya tres horas que estaba herido, y con la pérdida de sangre y el trágico del caballo, lo que antes no tenía importancia, la iba adquiriendo.

Primero sintió algunos mareos; después éstos fueron en aumento, y, por último, perdió completamente el sentido y cayó al suelo. —¡Diable! se ha desmayado —pensó el general. —No, pues de miedo no ha sido, que se ha portado como un valiente. Merece una recompensa y la tendrá, ya lo creo! Pues qué, porque sea mi sobrino va a estar postergado? Cabalmente ha hecho la proeza delante de todos. Y después alzando la voz: —A ver una familia y que retengan a esta oficial —dijo, como si se tratara del más desconocido.

Al caer la tarde, los carlistas se dieron por vencidos, huyeron a la desbandada dejando en poder de la división muchos prisioneros y casi todo el material de guerra.

El general, después de asegurar el campo, visitó las ambulancias.

Al llegar a la camilla de su sobrino, se detuvo y preguntó por el estado de éste. —La herida no es grave, mi general, y carecería de importancia si se hubiese curado a tiempo, dijo el cirujano.

Eugenio Selles (hijo).

VISITA DE DUELO

Vamos, D.ª Rita, calma; no llore V. de ese modo. —Ay, D. Miguel, me he perdido el alma; ¡si ya lo he perdido todo!

—Nada, no hay que decaer; comprendo su situación pero es preciso tener bastante resignación.

Haga V. por olvidarse del dolor que la asesina, y procure conformarse con la voluntad divina.

El golpe que V. ha sufrido es para desesperar, y yo también he tenido un verdadero pesar.

Ya sé yo que es horroroso llevar, a sus años, luto por la muerte de un esposo tan bueno como Canuto.

—¡Era un santo!

—¿Si lo era? —No lo sabe V. muy bien! ¡Y verme de esta manera, sin amparo y sin sostén!

—¡Roberto Canuto! —No llore V. más, señora. —¡Pobrecito, pobrecito!

—¡Cómo le recuerdo ahora! Un mes antes de morir, me acuerdo, que le llevé al Congreso, para oír un discurso de D.ª Rita, y tanto se impresionó, y tanto lego a llorar, que al poco tiempo cayó para nunca levantarse.

Se ha muerto con el pesar, y no lo tome V. a broma, de no poder estrenar unos tirantes de goma, regalo de una tia mía, en el día de su santo.

—Cuando le sepa mi tia ha de lamentarlo tanto... —Dios tenga piedad de mil D. Miguel, ¿quién lo diría? ¡Ay! Nunca con el reñi... más que seis veces al día. Esto no es exagerar. Y crea V., D. Miguel, que no volveré a encontrar un Canuto como aquel.

Félicé Limentoux.

Mr. Gabarit, sin darse cuenta, frotóse fuertemente los ojos, creyendo aquella una ilusión óptica.

Pero apenas volvió a abrirlos, su asombro se cambió en estupor. El globo luminoso parecía rodar violentamente por el cielo, corría y corría con una celeridad tal, que era imposible seguirle con la vista. De pronto, y súbitamente, se detuvo, describiendo un arco brusco, después de lo cual, como presa de un vértigo, se dejó caer hacia la Tierra, amenazándola con su caída; pero al punto, sin transición ninguna, ascendió en el aire con un arranque vigoroso, escalando las más sublimes alturas del empirio...

No cabía duda, la luna bailaba en el cielo! El ex-capitán de puerto quedó un instante confuso, como mareado por la visión de este fenómeno inverosímil. Después salió disparado igual que una flecha, salvó el jardín, atravesó la única calle de la Ferte-sous-Cloche, abrió fuertemente una puerta, a través de la cual se filtraba un rayo de luz, y se encontró en la botica del farmacéutico Chuchot, el único hombre capaz de estar aún despierto a aquellas horas.

El boticario, en efecto, no se había acostado, pero no estaba solo; le encontró sentado frente del honorable Mr. Melin, contra el cual defendía heroicamente una pobre torre y una reina infortunada, últimos restos de una dinastía que había visto caer sucesivamente sobre el campo de batalla del tablero de ajedrez, acometida con furia por un ejército de peones y caballos negros.

—¿Qué ocurre? —preguntaron los dos jugadores al mismo tiempo. —¿Qué ocurre? —(Que la luna está loca! ¡Venid a verlo!

Los dos amigos cambiaron una mirada que quería decir: «Este pobre Gabarit es el que se ha vuelto loco.»

Peró el ex-capitán de puerto sorprendió aquel signo de inteligencia. —No, amigos míos, no; no estoy loco. Os lo repito: la luna es la que está loca. Salid solamente un instante, y os convenceréis como yo.

Su acento de sinceridad no admitía réplica. Los dos jugadores se levantaron, atravesaron la botica y salieron a la calle.

Una vez en ella, y al mirar al cielo, quedaron con la boca abierta. Gabarit tenía razón: la luna seguía describiendo un zig-zag vertiginoso en el espacio.

Peró como asombroso, increíble, desconocido en los anales de la meteorología y en la memoria del hombre!

El astro de la noche, extraordinariamente cerca de la tierra, a juzgar por la enormidad de su diámetro, danzaba en el cielo con un baile fantástico: iba, venía, bajaba, volvía a subir y descendía de nuevo, todo de una manera extraña, increíble.

—Este es el fin del mundo! —gritó Mr. Melin asustado. De pronto, el globo de luz, sin dejar de bailar, se corrió hacia el horizonte y descendió rápidamente ocultándose tras las crestas de las montañas, sin que volviera a aparecer.

Los tres amigos quedaron inmóviles, con los ojos fijos en la línea negra tras la cual acababa de hundirse la luna. Un minuto, dos, tres, cinco minutos, diez minutos pasaron. La luna no volvió a salir.

—¡Se ha precipitado en el infinito! —exclamó con un tono sepulcral el boticario. Hubo un momento de silencio.

—¡Entremos, señores! —dijo al cabo de un instante Mr. Melin vivamente impresionado. Los tres amigos entraron; cuando estuvieron sentados en la botica, se miraron largo rato sin hablar.

—Caballeros —dijo al fin el ex-capitán de puerto— acabamos de ser testigos de un hecho único en la historia del mundo. ¿Cómo esto tornó en las leyes de la naturaleza? Si esto hubiere ocurrido hace veinte siglos, la humanidad se lo hubiera explicado diciendo que Diana, enamorada de cualquier Endimión, había descendido sobre la tierra; pero no vivimos en los tiempos mitológicos.

—¡Es verdad! —suspiró el boticario. —Y no podemos contentarnos con esta poética, pero disparada suposición. ¿A qué, pues, se debe esto? Yo, por mi parte, algo familiarizado con las cuestiones astronómicas por efecto de mi profesión, voy a exponer cuál es mi creencia. Según mi hipótesis, la luna, arrancada súbitamente de su órbita por una causa desconocida, ha desviado para siempre de nuestro sistema planetario, y nosotros hemos asistido a las trágicas peripecias de su marcha.

Por lo demás, esperemos, señores, que los periódicos nos traigan la opinión de los sabios, que tratarán de explicarse este gran fenómeno... ¿a menos de que—añadió Gabarit en un tono lúgubre— no tengamos tiempo para ello, porque nuestro planeta sea también arrastrado en el torbellino de un cataclismo universal!

Estas palabras, llenas de sabiduría, pero de grandes incertidumbres a la vez, pusieron término a la conversación de los tres amigos, que se separaron para acostarse.

Al día siguiente volvieron a reunirse, y leyeron los periódicos. Nada. Ni una alusión a aquel fenómeno de que habían sido testigos. Pasó otro día, y nada tampoco. Pasaron tres días y hasta cuatro: ¡nada siempre!

—¿Cómo? ¿Podía creerse que, por un favor providencial, ellos hubieran sido los únicos hombres que presenciaron aquello? —¡Imposible!

La tarde del quinto día, Mr. Gabarit se presentó triunfante a los dos amigos. Había redescubierto aquella mañana misma una Memoria titulada La muerte de la luna, destinada a la Sociedad Astronómica de Brigueville-sur-Orne, al pie de la cual los dos amigos firmaron en calidad de testigos.

Aquella misma tarde la Memoria salió por el correo bajo sobre certificado. Pero al día siguiente, el boticario Chuchot, apareció vió aparecer a Mr. Gabarit, comenzó a reírse y a hacer gestos cómicos. —¿Qué había pasado? —Nada; solamente esto que en letras de molde

pudo leer Gabarit en el periódico que Mr. Melin le había: Las experiencias de aerostación luminosa realizadas el viernes último han resultado excelentes.

«El globo, hinchado de hidrógeno y alumbrado interiormente por una lámpara eléctrica, verificó su descenso a pocas leguas de la Ferte-sous-Cloche.

«Los aeronautas, no queriendo dar a la prensa sino detalles absolutamente precisos, nos han obligado a no dar cuenta más tarde a nuestros lectores de este importante hecho que...»

Mr. Gabarit sintió correr por su cuerpo un sudor frío. Pero más frío debió ser el que sintió quince días después, al recibir por carta oficial la noticia de que la Sociedad Astronómica de Brigueville-sur-Orne, le daba las gracias por su curiosa Memoria, que le haría objeto de una próxima comunicación al Instituto.

Joseph Mortel.

TOCAN A MUERTO

Las campanas que suenan tocan a muerto, a mi novio mañana le enterrarán, hasta los arbolitos que hay en el huerto, parece que de pena llorando están.

Para siempre pasasteis felices días, en que unidos dos sores por el amor, eran contento mis alegrías.

Y mi pena era causa de su dolor. Con su cuerpo, mis glorias y mi ventura, mis amantes caricias enterraré, y las flores que adornen su sepultura, con lágrimas del alma las regaré.

Tiernas frases de amores que en mis oídos resonando me dábais grata ilusión, hoy mi pecho angustiado llora perdidos aquellos dulces ecos de una pasión.

¡Virgenidad del alma, me la has quitado! Mis penillas consueño no tienen ya; mas si al partir del mio marchó a tu lado el amor de mi vida, ¡bien muerto está!

Llovan los arbolitos que hay en el huerto; se oye de las campanas el triste son, y con motivo doble tocan a muerto, pues murió una persona y un corazón.

Ricardo Taboada Steger.

LUCHAR CON EL DESTINO

Quedó Elena en la orfandad, y a pesar de ser muy buena, de la desgraciada Elena nadie tuvo caridad. Pobre, sola y abatida, de todos abandonada, vagaba desconsolada en la miseria sumida.

Y en la triste situación que la depaó el destino, no halló a nadie en su camino que, solo por compasión, le viera hambrienta y desnuda, queriéndola socorrer dijera: «¡Pobre mujer! le voy a prestar mi ayuda.

Mas como a nadie encontró que la hablara de ese modo, en el infeccioso lodo de la corrupción cayó; y la senda vergonzosa de los lascivos placeres, recorrió, entre otras mujeres de la vida capulposa: Yendo a vender su belleza, aunque con pesar profundo, en ese mercado inaudito de la servil impureza.

En donde el amor ficticio que del pecho inerte estalla, suele comprar la canalla con el dinero del vicio. Pero con amarga pena, jamás podía olvidar que su madre, al espirar, le encargó que fuese buena, y recordando el pasado, y examinando el presente, decía constantemente viendo su fin desgraciado, en ese sufrir horrible, y ese padecer sin tino: «El luchar con el destino es luchar con lo imposible.»

Desusdedit Criado.

MADRID LA NACIONAL.—Imp. a cargo de J. C. Garcia Calle de los Caños, 1, bis.—1893

CHARIVARI Soluciones del domingo anterior. Al Geroglífico: Para mujeres, España. A la Charada: Sagasta. CHARADA La primera interjección, a nota la dos me suena, el cazador prima cuatro, tres dos para la escopeta, y en el mercado mi TODO se ve con mucha frecuencia.

